

# GOVERNMENTALITY NEOLIBERAL, SUBJECTIVITY AND POPULIST REASON

## NEOLIBERAL GOVERNMENTALITY, SUBJECTIVITY AND POPULIST REASON

**Paloma Martínez Matías**

Universidad Complutense de Madrid  
[palomamartinezm@filos.ucm.es](mailto:palomamartinezm@filos.ucm.es)

Recibido: Noviembre de 2016

Aceptado: Mayo de 2017

---

**Palabras clave:** Capitalismo globalizado, financiarización de la economía, Michel Foucault, Ernesto Laclau, frontera política, capital humano

**Keywords:** Globalized capitalism, financialization of the economy, Michel Foucault, Ernesto Laclau, political border, human capital

---

**Resumen:** Partiendo del análisis de Marx sobre las contradicciones del capitalismo, este artículo defiende el carácter estructural de las causas que explicarían la actual hegemonía del modelo de gubernamentalidad neoliberal. Argumentada esta posición, se estudian algunas de las dimensiones centrales que Ernesto Laclau vincula a la razón populista para evaluar si ésta constituiría una opción política capaz de desplazar a la hegemonía neoliberal. A la luz de las conclusiones obtenidas, se emprende finalmente un examen de la subjetividad forjada por la forma de gobierno neoliberal, con el propósito de determinar la orientación ideológica de los movimientos populistas más tendentes al triunfo político.

---

**Abstract:** Building on Marx's analysis of the contradictions of capitalism, this article defends the structural nature of the causes that explain the current hegemony of the neoliberal governmentality model. Having argued this position, we look at some of the central dimensions Ernesto Laclau links to populist reason to see whether this could be a political option capable of displacing the neoliberal hegemony. In light of the conclusions drawn, we lastly examine the subjectivity forged by neoliberal governmentality in order to determine which ideological orientation of populist movements would be most likely to succeed politically.

---

# 1. Introducción

Desde premisas y posicionamientos teóricos dispares, numerosas voces han denunciado las devastadoras repercusiones sociales de la introducción y paulatina consolidación, a partir de la década de los ochenta, de un conjunto de prácticas de gobierno cuyo sustrato conceptual se deja englobar bajo el rótulo de ideario neoliberal<sup>1</sup>. Si tales prácticas se han traducido en la conversión del Estado en un activo promotor del mercado y de los factores que presuntamente contribuyen a su libre funcionamiento<sup>2</sup>, sus resultados se han vuelto especialmente visibles a raíz de la crisis económica que aún atraviesa el mundo occidental y que ha implicado, al menos en el contexto europeo, una intensificación en la aplicación de medidas de corte neoliberal en principio destinadas a

superarla. Más allá de la extensión y normalización de la lógica mercantilizadora que comporta este programa político, entre sus consecuencias destacan la deflación salarial, el incremento del desempleo –unido al de la pobreza y la marginación– y el deterioro de los servicios públicos de protección social. Todo ello ha redundado en un ostensible aumento de los índices de desigualdad material y cultural en el que el agrandamiento de la brecha económica entre los sectores pudientes y los más desfavorecidos de la sociedad también responde al gradual trasvase de proporciones notables de las antiguas clases medias hacia estas capas de población castigadas por la explotación laboral y el paro.

Ante esta coyuntura, no han faltado análisis que han venido a poner de relieve la conexión existente entre la violencia social que despliegan las prácticas neoliberales de gobierno y el surgimiento en los últimos años de ciertos movimientos políticos que, con mayor o menor rigor teórico y percepción de la problematicidad que entraña este término, se han dado en llamar populistas<sup>3</sup>. Tal conexión vendría avalada por uno de los principales teóricos del populismo, Ernesto Laclau, quien en su intento de clarificación de lo que, a su juicio, constituye una dimensión siempre imperante en cierto grado en toda acción política<sup>4</sup>, ha subrayado que los efectos dislocatorios y la proliferación de antagonismos que genera el capitalismo globalizado configuran el marco en el que puede actuar plenamente la razón populista<sup>5</sup>. Si una de las condiciones de

---

1. Sin ánimo de agotar el amplio espectro de voces que han llevado a cabo esa denuncia, entre ellas cabe destacar, al margen de las que se recogen a lo largo del presente artículo, las que se expresan en los siguientes trabajos: Bourdieu, P., *Contrafuegos*, Anagrama, Barcelona, 1999; Harvey, D., *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 2012; Fumagalli, A. et al (ed.), *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, Traficantes de sueños, Madrid, 2009; Sennett, R., *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2000; Durand, J.-P., *La chaîne invisible. Travailler aujourd'hui: flux tendu et servitude volontaire*, Editions du Seuil, Paris, 2004.

2. Tal sería el papel atribuido al Estado por parte de los primeros teóricos del neoliberalismo según el análisis realizado por Foucault, M., en *Nacimiento de la biopolítica*, Akal, Madrid, 2012, p. 131 y ss. Para una exposición más detallada sobre el origen y rasgos de este modelo de gobierno, cf. Laval, C.-Dardot, P., *La nueva razón del mundo*, Gedisa, Barcelona, 2015, p. 61 y ss.

---

3. Cf. Villacañas, J. L., *Populismo*, La Huerta Grande, Madrid, 2015, p. 103 y ss.

4. Cf. Laclau, E., *La razón populista*, FCE, México, 2005, p. 33

5. *Ibid.*, p. 287. Durante las últimas décadas el populismo se ha convertido en foco de atención

su operatividad se ubica en la presencia de una situación de crisis del orden institucional, su acaecimiento no parece de entrada disociable tanto de las fluctuaciones económicas inherentes a la dinámica capitalista como de la insatisfacción material y vital en sectores sociales cada vez más amplios que provoca la hegemonía de la ortodoxia neoliberal. Con ello no sólo se explica la actual irrupción de un número significativo de partidos políticos cuyas tácticas encajarían con la noción de populismo propuesta por Laclau, sino que se augura para tiempos venideros que la probable persistencia de dicha hegemonía, así como la consecuente progresión en la toma de decisiones políticas tendentes a dismantelar los Estados de

de la reflexión política contemporánea y ha sido objeto de análisis no siempre convergentes, que subrayan dimensiones diferentes del mismo o aplican parámetros dispares para la definición tanto de sus rasgos esenciales como de las condiciones sociales que propician su emergencia y calado político. Entre los trabajos más representativos sobre el populismo, que dan cuenta del debate existente en torno a su interpretación en el ámbito de la ciencia política, cabe mencionar: Lefort, C., *Democracy and political theory*, Polity Press, Cambridge, 1988; Taggart, P., *Populism*, Open University Press, Buckingham, 2000; Meny, Y.-Surel, Y., *Par le peuple, pour le peuple. Le populism et les démocraties*, Fayard, Paris, 2000; Canovan, M., *The people*, Polity Press, Cambridge, 2005. Sin embargo, por razones de espacio, este trabajo se centrará exclusivamente en la visión del populismo planteada por Ernesto Laclau, apoyado en algunas de sus tesis por Chantal Mouffe. Su elección responde no sólo a la relevancia que su legado teórico ha cobrado en el panorama político español a partir del reciente surgimiento de un partido político (*Podemos*) que se considera heredero de tal visión, sino también a la debilidad teórica que a nuestro juicio se constata en la defensa del populismo de Laclau como respuesta política al neoliberalismo, debilidad cuya exposición forma parte de los objetivos de este ensayo.

bienestar y dejar a la ciudadanía expuesta a las contingencias del mercado, habrán de convertir al populismo en su más fiel acompañante.

Comprender las razones que subyacen a esta particular alianza entre el populismo y lo que, siguiendo a Michel Foucault, designaremos como el modelo de gubernamentalidad neoliberal<sup>6</sup> pasa sin duda por explorar la realidad social que este último promueve. De su estudio no cabe obviar el de las nuevas formas de subjetividad producidas por el inevitable moldeado que sobre los seres humanos ejercen las prácticas económicas, sociales y culturales derivadas de la primacía contemporánea de este modo de gobierno. Sin embargo, semejante examen debe plantearse a nuestro juicio sobre el horizonte de otra cuestión tal vez más urgente en lo que atañe a esta convergencia entre neoliberalismo y populismo: la cuestión de la validez de la concepción de lo político que emerge de la racionalidad populista a la hora de ofrecer algún tipo de solución política a los problemas individuales y colectivos ocasionados por la puesta en obra de ese ideal de gobierno que amenaza con tornarse el único imaginable.

Un elemento ineludible para contestar a este interrogante radica en la indagación sobre los motivos de fondo que justifican la preponderancia del programa neoliberal en el mundo occidental –también en los países no-occidentales sometidos a su influencia– desde finales del siglo XX. Motivos cuya dilucidación exige atender igualmente al sentido de su implementación tanto en el seno de la evolución del capitalismo como en la peculiaridad de la etapa histórica en la que éste se en-

---

6. Cf. Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 15 y ss. y p. 81 y ss.

cuentra. Pues sólo desde la consideración de los factores que alientan el tácito y a menudo encubierto consenso reinante sobre la eficiencia de las prácticas neoliberales de gobierno incluso entre partidos políticos de signos y tradiciones opuestas –ante todo en materia de medidas que afectan a la relación del Estado con el mercado y a la regulación de la esfera del trabajo– se estará en disposición, por un lado, de determinar la posible existencia de alternativas políticas al dominio de este modelo y, por otro, de valorar hasta qué punto la racionalidad populista propugnada por Laclau formaría parte de tales alternativas o se revelaría útil para colaborar en su construcción. De antemano, nada permite excluir que la intervención de la razón populista en el contexto del capitalismo globalizado, lejos de resolver los conflictos sociales que éste conlleva, representara por el contrario una vía política fallida tanto por encubrir su origen como por favorecer las condiciones de su potencial agravamiento.

En lo que respecta a esta problemática, se argumentará en la línea de aquellas posiciones teóricas que, asumiendo las claves principales del análisis de Marx sobre el funcionamiento del modo de producción capitalista y las contradicciones que envuelve, han sostenido que las pautas de actuación distintivas de la forma de gobierno neoliberal, así como las transformaciones sociales y humanas que han suscitado, no obedecerían a una mera elección ideológica subrepticamente encaminada a satisfacer los intereses de las clases o élites dominantes. Antes bien, en este modelo de gobierno se ha detectado una *respuesta necesaria* a las dificultades experimentadas por el capitalismo para asegurar su continuidad una vez el modelo fordista-keynesiano se muestra

incapaz, a partir de mediados de los años sesenta, de propiciar la valorización del capital que este régimen productivo específicamente moderno precisa para su reproducción. Ante este diagnóstico, se procederá al examen de algunos aspectos de la teorización de Ernesto Laclau sobre la razón populista que incidirá especialmente en la centralidad que ésta concede a la institución de fronteras o articulaciones antagónicas en la construcción del pueblo como sujeto político. A la luz de la interpretación proyectada en torno a las causas de la hegemonía contemporánea de la gubernamentalidad neoliberal, la evaluación de la virtualidad política del populismo para hacerle frente conducirá, finalmente, al análisis del nuevo tipo de sujeto y relaciones sociales que emanan de aquella. Aceptando que es en este terreno donde se localiza la constelación de elementos que impulsan la actual multiplicación de formaciones políticas comúnmente calificadas de populistas, la investigación de los rasgos que conforman la subjetividad forjada por la agenda neoliberal pretende abrir el debate sobre la orientación política de los contenidos más proclives a concretar la indeterminación ideológica que Laclau atribuye a la razón populista.

## 2. Capitalismo y gubernamentalidad neoliberal

Las diferentes contradicciones que Marx acusa en el modo de producción capitalista pivotan sobre una contradicción fundamental en la que anida no sólo el germen de sus recurrentes crisis, sino también la posibilidad de su quiebra en función del carácter contingente que su

historicidad le confiere. Si en su formulación más sucinta tal contradicción se cifra en que el capitalismo, por un lado, «tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo mientras que, por otro, pone el tiempo de trabajo como única medida y fuente de riqueza»<sup>7</sup>, la argumentación detallada sobre el sentido de tal naturaleza paradójica figura en el tercer volumen de *El capital*, allí donde Marx expone lo que denomina la “Ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia”<sup>8</sup>.

Es sabido que, según Marx, el valor de las mercancías como productos del trabajo reside en el tiempo de trabajo abstracto, tiempo igual o tiempo de trabajo socialmente necesario que se contiene en cada una de ellas. La parte no remunerada al trabajador de ese tiempo de trabajo abstracto equivale a la plusvalía, de la cual depende el proceso de valorización del valor que mueve la producción capitalista. En la medida en que la competencia entre los poseedores del capital, al fomentar la bajada de los precios de las mercancías, pone en peligro la extracción de plusvalía, este régimen productivo obliga a la continua búsqueda de estrategias que garanticen su obtención. Frente a métodos como la prolongación de la jornada de trabajo, sólo extensible hasta ciertos límites, la vía más eficiente para la creación de plusvalía estriba en el incremento de la productividad, es decir, en el aumento de la masa

de mercancías producidas en relación al tiempo global invertido en su producción. Este objetivo se consigue a través de la racionalización, planificación y, principalmente, de la introducción de maquinaria y medios tecnológicos que aceleren el proceso productivo. Sin embargo, la lógica generalización de este procedimiento de elevación de la productividad al conjunto de productores da lugar a una carrera de innovaciones tecnológicas que fuerza al gasto de cada vez mayor volumen de capital en la compra y mantenimiento de medios de producción, con el correlato de un progresivo descenso en la proporción de fuerza de trabajo empleada. Teniendo en cuenta que la valorización del valor se nutre exclusivamente de la explotación de la fuerza de trabajo, su menor participación en el proceso productivo frente a la cantidad total de capital gastado en el mismo –fruto a su vez de la sustitución de la fuerza de trabajo por la máquina– desemboca invariablemente en una tendencia a la disminución de lo que Marx designa la “tasa de ganancia”. Ésta refleja la relación entre el valor de ese capital total y la plusvalía generada por la fuerza de trabajo, por lo que el concepto de “ganancia”, definido como el remanente del valor de la mercancía sobre su precio de coste, no alude sino a la forma en que la plusvalía se expresa y torna visible<sup>9</sup>. La disminución de la tasa de ganancia significa, por tanto, un decrecimiento de la plusvalía en relación con el capital global invertido que para Marx constituye «una necesidad evidente derivada de la esencia de la producción capitalista»<sup>10</sup>. O, lo que es lo mismo, de su ineludible recurso, conforme evoluciona en su devenir histórico, al uso de medios tecnológicos más

7. Marx, K., *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie (Rohentwurf) 1857-1858*, Marx-Engels-Institut Moskau, Dietz, Berlín, 1974, p. 593.

8. Cf. Marx, K., *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Buch III: Der gesamtprozeß der kapitalistischen Produktion*, en *Karl Marx - Friedrich Engels. Werke*, hrsg. vom Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, Band 25, Dietz, Berlín, 1973, pp. 221-278; en adelante, citado como MEW 25.

9. Cf. MEW 25, p. 53.

10. MEW 25, p. 223.

avanzados para el requerido incremento de la productividad y de la disminución de la fuerza de trabajo utilizada que éste involucra.

No obstante, Marx insiste en la idea de que, lejos de describir una dinámica absoluta, esta ley concerniente a la tasa de ganancia descubre más bien una tendencia del régimen de producción capitalista que se ve contrarrestada por un conjunto de factores. Éstos no anulan sus efectos, pero sí los amortiguan y ralentizan, de manera que tales efectos «sólo se manifiestan palmariamente en determinadas circunstancias y en el transcurso de largos períodos»<sup>11</sup>. Entre dichos factores que neutralizan parcialmente el decrecimiento de la tasa de ganancia destacan aquellos que provienen del propio aumento de la productividad perseguido por la producción capitalista. Así, la elevación del número total de bienes producidos en el mismo tiempo de trabajo acrecienta la parte del mismo no remunerada al trabajador y, con ello, la llamada “plusvalía relativa”. Por otra parte, tal producción de una mayor cuantía de bienes trae consigo una disminución de su precio en el mercado que facilita la extracción de más plusvalía a través de reducciones salariales. Junto a la prolongación de la jornada de trabajo, que supone una elevación de la “plusvalía absoluta”, todos estos factores comportan un aumento de la ganancia gracias al incremento de la explotación de la fuerza de trabajo. A ello se suma el que la dinámica de abaratamiento que se sigue del alza de la productividad afecta igualmente a los materiales que intervienen en la producción, factor que enlentece la elevación de su precio y, con él, la del coste del capital total invertido en relación a la plusvalía rendida que origina la disminución

11. MEW 25, p. 249.

de la tasa de ganancia. Por último, Marx señala cómo el incremento de la masa de mercancías por obra de la mayor productividad redunda en una ampliación de las áreas de mercado a través del comercio exterior que frena idénticamente el descenso de la tasa de ganancia.

Sin embargo, el efectivo cumplimiento histórico de esta ley responde según Marx a que, paradójicamente, las mismas «causas que entorpecen momentáneamente la bajada de la tasa de ganancia, (...) en última instancia la aceleran»<sup>12</sup>. En otras palabras: aquellos factores que contrarrestan la tendencia decreciente de la tasa de ganancia tan sólo logran amortiguar sus efectos de manera provisional, para agravarlos en un plazo de tiempo más dilatado. Esto se debe a que si bien el uso de tecnologías más avanzadas, al elevar la productividad, permite aumentar la explotación de la fuerza de trabajo, la mayor ganancia que se obtiene en función del correspondiente incremento de la plusvalía termina por ser inferior a la pérdida de ganancia resultante de la menor participación de la fuerza de trabajo en la producción que acarrea tal desarrollo tecnológico. Es precisamente la necesidad de superar este efecto contradictorio lo que empuja al capitalismo a un aumento ilimitado de la producción, esto es, a un *producir por producir* que, al tiempo que exacerba la separación a él inherente entre producción y consumo, espolea el desarrollo incondicional de las fuerzas productivas<sup>13</sup>. Sólo que a raíz de ello se presenta otra grave contradicción: la que entraña la constante devaluación de las mercancías, gradualmente dotadas de menor valor por encerrar menor fuerza de

12. *Íbid.*

13. Cf., MEW 25, p. 260.



trabajo pese al imparable incremento de la riqueza material característico de la sociedad capitalista, y que conlleva un previsible aumento de las dificultades para valorizar el capital invertido.

Del análisis realizado se concluye que las mismas estrategias aplicadas por el modo de producción capitalista para dejar atrás sus contradicciones vuelven a alzarlas ante ella con aún mayor fuerza, de suerte que el capitalismo acaba topando con lo que Marx estima como límites insuperables<sup>14</sup>. De ahí que, asumiendo que no existe otro motor en este régimen productivo que la tasa de ganancia<sup>15</sup>, afirme que «*el verdadero límite de la producción capitalista es el capital mismo*»<sup>16</sup>. Pues son justamente los métodos empleados por el capitalismo para valorizar el valor los que, al inducir una caída de la tasa de ganancia, provocan una creciente incapacidad de este modo de producción para alcanzar ese objetivo clave que guía todos y cada uno de sus movimientos y que se traduce en su propia parálisis. Si con ello se evidencia la propensión inexorable del capitalismo a la crisis, también se hace patente cómo sus reglas de funcionamiento se imponen sobre los agentes que en él intervienen al modo de una *ley ciega* que, operando al margen de sus voluntades, fuerza contra ellas el decrecimiento de la tasa de ganancia que finalmente desencadena tales crisis<sup>17</sup>.

14. Cf., MEW, p. 246

15. Cf. MEW 25, p. 256.

16. MEW 25, p. 248.

17. Contra las objeciones planteadas al efectivo cumplimiento de esta ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, cf. Martínez Marzosa, F., *La filosofía de "El capital"*, Taurus, Madrid, 1983, p. 66 y ss.

Desde el horizonte de esta interpretación marxiana de las contradicciones internas del capitalismo, diferentes teóricos, entre los que destacan en la actualidad quienes se adhieren a la denominada "crítica del valor"<sup>18</sup>, han defendido que el origen de la grave crisis económica acaecida a comienzos de los años setenta, y que justificaría la adopción de la forma de gubernamentalidad neoliberal, se ubica en el último salto de desarrollo tecnológico –lo que algunos estudiosos han dado en llamar la "tercera revolución industrial"– iniciado al término de la Segunda Guerra Mundial y en las altas cotas de productividad que generó<sup>19</sup>. Este salto puso en marcha una revolución tecnológica global, es decir, una completa renovación de la tecnología productiva que, además de implicar un cambio cualitativo en la productividad del trabajo, significó el crecimiento más rápido de las fuerzas productivas sucedido en la historia del capitalismo. En él se distinguen principalmente dos factores: en primer lugar, la utilización sistemática de la investigación científico-técnica en la producción, detonante de su automatización masiva por medio de la introducción de máquinas y computadoras diseñadas para controlar los procesos productivos; en segundo término, la penetración de estas tecnologías avanzadas en la producción de materias primas, el sector alimentario y los productos energé-

18. Se trata del grupo de intelectuales, liderados por Robert Kurz, que tuvieron primero en la revista alemana *Krisis* y posteriormente en *Exit!* su principal medio de expresión. Sobre las características de este grupo y su posición teórica, cf. Jappe, A.-Kurz, R.-Ortlieb, C.P., *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2014.

19. Seguimos en este punto la exposición de Mandel, E., *El capitalismo tardío*, Era, México, 1979.

ticos, conducente a una industrialización de todas las ramas de la economía nunca antes conquistada. Esta transformación tecnológica habría tenido por consecuencia un incremento acelerado de la productividad que explica el fuerte crecimiento económico experimentado por los países occidentales a partir de la década de los cincuenta. A él contribuyó la emergencia de un nuevo modelo de gestión del capitalismo conocido por el nombre de “fordista-keynesiano”, cuyas líneas de actuación partían de la premisa de que una intervención del Estado dirigida tanto a apoyar el crecimiento empresarial como a extender sus beneficios a todas las capas de la sociedad repercutiría positivamente en el progreso económico. Así, gracias a la propiedad pública de sectores estratégicos de la economía, los Estados occidentales participaron activamente en la construcción de infraestructuras y en el fomento de la investigación, colaborando en el desarrollo de la actividad empresarial. A un tiempo, impusieron severas restricciones al sector privado con la finalidad de llegar al pleno empleo y ejercieron un férreo control sobre las relaciones laborales que pretendía un incremento continuado de los salarios y el consumo ajustado a la absorción de los excedentes de producción. Más allá de conseguir una mejora generalizada de los niveles de vida y la expansión de las clases medias, esta forma de intervención estatal en la economía se caracterizó por la implantación de estrictas normativas fiscales sobre las elevadas ganancias del sector empresarial y las rentas más altas que posibilitaron la instauración de los servicios públicos de protección social definitorios de los Estados de bienestar<sup>20</sup>.

---

20. Cf. Laval, C.-Dardot, P., *La nueva razón del mundo*, op. cit., p. 189 y ss.

Sin embargo, el propio aumento de la productividad que se halla a la base del éxito de este régimen político-económico habría supuesto una agudización de las contradicciones de la producción capitalista que ocasionaría la etapa de recesión económica que puso en cuestión su continuidad<sup>21</sup>. Si la automatización de la producción dio paso a una nivelación de la productividad media del trabajo en las esferas más importantes de la economía, esta situación excluía –a diferencia de etapas anteriores del capitalismo– focalizar la búsqueda de ganancia en la explotación de los sectores más productivos frente a los tecnológicamente más atrasados. En este sentido, las mismas innovaciones tecnológicas que incrementaron la productividad ejercieron una presión permanente sobre las empresas para acelerar la incorporación de tecnologías aún más avanzadas y aumentar así su rentabilidad. Ello derivó en una espiral de constante renovación de los componentes materiales empleados en la producción de la que se siguió una notable elevación del gasto en medios productivos de creciente sofisticación. Unido a la disminución de la fuerza de trabajo utilizada en virtud de su reemplazo por dispositivos automáticos, este proceso no podía sino desembocar, tal y como Marx planteara, en una abrupta caída de la tasa de ganancia<sup>22</sup> que hizo descender la rentabilidad empresarial, desincentivó la inversión y disminuyó la recaudación fiscal por parte del Estado, poniendo seriamente en riesgo la financiación de los servicios públicos.

Es en este momento cuando, con el fin de superar la recesión económica y restaurar los beneficios empresariales, comienzan

---

21. Cf. Mandel, E., *El capitalismo tardío*, op. cit., p. 194.

22. Cf. *ibid.*, p. 207.



a aplicarse medidas políticas coincidentes con las propugnadas a partir de los años treinta –y nunca antes llevadas a la práctica más que de manera marginal– por los teóricos del neoliberalismo. Frente a la concepción errónea de que la forma de gobierno neoliberal comporta una retirada del Estado de la economía, sus pautas de actuación acreditan, por el contrario, una intervención en ella no menos activa que la correspondiente al modelo fordista-keynesiano, pero guiada por un objetivo muy distinto: hacer de la lógica de mercado y de los mecanismos de competencia que le son propios el principio fundamental de ordenación tanto de la sociedad en su conjunto como de las relaciones entre los individuos que la integran<sup>23</sup>. El logro de este objetivo se cifró, básicamente, en la liberalización del sector empresarial y bancario, en la ampliación de sus áreas de mercado por medio de una oleada de privatizaciones de las empresas y servicios antes públicos, en políticas monetarias de control de la inflación que prescriben una reducción del gasto público y en una desregulación de las relaciones laborales destinada a promover la competitividad en el ámbito del trabajo. Toda una serie de estrategias que, para la perspectiva marxiana, no obedecerían sino al propósito de configurar un entorno económico adecuado para impulsar un nuevo ciclo de elevación de la tasa de ganancia: bien por medio de la bajada de los costes de mano de obra, bien a través de la inclusión de factores tendentes a propiciar nuevos incrementos de la productividad que facilitarían un mayor grado de explotación de la fuerza de trabajo.

No obstante, dadas las altas cotas de productividad ya alcanzadas durante la etapa

23. Cf. Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 141 y ss.

fordista-keynesiana y el impacto negativo que, según se ha visto, tienen sobre la extracción de plusvalía, se ha argumentado que ninguna de estas medidas hubiera bastado para posibilitar la recuperación empresarial sin la *construcción política* de un nuevo régimen de acumulación de capital de predominio financiero que ha dado lugar a lo se designa como la actual “financiarización” de la economía<sup>24</sup>. Aun cuando las reformas legislativas que liberalizaron el sector bancario se debieron inicialmente a las necesidades de financiación de la deuda pública mediante el recurso a inversores internacionales, los poderes públicos también estimularon innovaciones en productos financieros que, además de aumentar los mecanismos de competitividad en este sector, han permitido, por un lado, la gradual autonomía del mercado de las finanzas respecto de la esfera de la producción y el intercambio comercial y, por otro, la obtención de beneficios empresariales por medio de operaciones especulativas y la participación en los mercados de derivados. Prueba de ello es el hecho de que las ganancias percibidas por las grandes corporaciones a través del mercado financiero superan desde hace décadas a las conseguidas con la producción de mercancías en sus respectivos sectores<sup>25</sup>.

Los efectos de la implementación de este nuevo modelo gubernamental –sin duda

24. Cf. Laval, C.-Dardot, P., *La nueva razón del mundo*, op. cit., p. 203.

25. Cf. Observatorio Metropolitano, *La crisis que viene*, Traficantes de sueños, Madrid, 2011, p. 29. Sobre la importancia que ha cobrado el capital financiero dan cuenta cifras como las siguientes: se calcula que si en 2007 el PIB mundial era de 60 billones de dólares, el valor de los activos financieros en todo el planeta sumaba aproximadamente ocho veces más.

más decidida en los gobiernos de partidos conservadores o liberales, pero también constatable y cada vez más notoria en los ocupados por partidos tradicionalmente asociados a la izquierda política— se han hecho notar, ante todo, en el deterioro de las condiciones de vida de los asalariados. Junto a la disminución de los servicios públicos de protección social que envuelven las prácticas neoliberales de gobierno, la anulación de las restricciones al sector empresarial vigentes en el régimen fordista-keynesiano ha favorecido el traslado de la producción a territorios cuyas legislaciones toleran jornadas laborales más largas a costes menores, con el resultado de un alza de las tasas de desempleo estructural en los centros de origen y la introducción de principios de competencia global entre las clases trabajadoras. Ambos factores han motivado un decrecimiento continuado de los salarios en los países más capitalizados que se habría visto agilizado por el debilitamiento del poder sindical, gestionado con grados variables de agresividad por este modelo de gobierno. A ello ha de añadirse que la financiarización de la economía es causa de una reducción en la inversión productiva que obstaculiza la creación de empleo y supone un elemento añadido de presión que empuja a la deflación salarial.

Pero existe además un significativo acuerdo en emplazar el germen tanto de las reiteradas crisis acaecidas en las últimas décadas como de la actual crisis económica en este creciente peso adquirido por el capital financiero frente al productivo: su proclividad a la formación de burbujas especulativas termina inevitablemente en estallidos de consecuencias nefastas para la economía en su conjunto y, muy especialmente, para la población trabajadora. Se entiende así que ante esta coyuntu-

ra se hayan multiplicado las demandas, realizadas desde diferentes áreas, de un retorno a la economía productiva y al control de los mercados financieros como vía para superar este período de recesión y evitar futuras crisis. No obstante, los teóricos de la crítica del valor han acusado en tales llamadas bienintencionadas el síntoma de un deficiente comprensión de esta nueva etapa del capitalismo y de la incuestionable hegemonía cobrada en él por las prácticas y medidas específicas de la forma de gobierno neoliberal. Pues en ese desplazamiento del capital productivo por parte del capital financiero, claramente promovido desde la acción política conforme al principio liberalizador defendido por la ortodoxia neoliberal, han detectado más bien el único método capaz de restaurar la rentabilidad empresarial en la actual fase de evolución del capitalismo: con sus elevados niveles de automatización, productividad e insuficiente fuerza de trabajo implicada en la producción pese a su más intensa explotación, la economía productiva no dispondría ya de recursos suficientes para provocar, por sí sola, nuevos incrementos de la tasa de ganancia favorables a la inversión. Lejos, por tanto, de tratarse de una suerte de perversión del capitalismo, dependiente de decisiones contingentes animadas por la avidez de sectores económicamente privilegiados, al tiempo que refrendada por una visión de la política susceptible de ser corregida mediante la implantación de normativas regulatorias de carácter neo-keynesiano, la instauración política de un sistema financiero mundial y el impulso al sobredimensionamiento del capital que maneja constituirían, por el contrario, una estrategia emprendida para forzar, al menos en el medio plazo, la contención de las contradicciones sistémicas del capitalismo y vehicular su sostenimiento. Su resultado

no sería otro que la ocultación de la impotencia de este régimen productivo para generar, en función del desarrollo tecnológico alcanzado y la menor intervención de la fuerza de trabajo en la esfera de la producción, dispositivos duraderos y estables de valorización del capital.

A la luz del análisis presentado, todas las medidas de gestión económica adoptadas por la forma de gobierno neoliberal se revelan no ya como el fruto de una elección autónoma y libremente decidida entre otras posibles alternativas, sino como una *respuesta necesaria* a las exigencias del capitalismo en su situación de creciente fragilidad para remontar las contradicciones a él inherentes. Como una respuesta, en definitiva, dictada por los mecanismos de dominación abstracta que la ley del valor, como ley que rige el funcionamiento de este modo productivo de manera no sabida ni asumida, ejerce sobre los seres humanos sometiéndolos a imperativos y fuerzas estructurales que escapan a su control<sup>26</sup>. Por ello, Marx llegaría a identificar en el valor y en las dinámicas que habilitan su producción una suerte de “sujeto automático” que, más allá de las voluntades y deseos de los sujetos que integran la sociedad moderna o capitalista, gobierna sus comportamientos, decisiones y relaciones sociales<sup>27</sup>. Y, en este

---

26. Se trata de una de las tesis principales del libro de Postone, M., *Time, labor and social domination* (Cambridge University Press, Cambridge, 1993), en el que defiende que el capitalismo se caracteriza por instaurar una forma de dominación abstracta e impersonal, dependiente de la peculiar naturaleza que adquiere el trabajo en la sociedad moderna, que excede las relaciones de dominio de clase y afecta por ello a todos los individuos que la componen.

27. Cf. Marx, K., *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Buch I: Der Produktionsprozeß des Kapitals*, en *Karl Marx - Friedrich Engels*.

mismo sentido, puso de relieve cómo en el seno de esa sociedad de individuos que se proclaman y conciben como seres libres en sus relaciones de intercambio la libertad individual se descubre una mera apariencia: la verdadera libertad residiría exclusivamente en el capital y en los movimientos que determinan su valorización a través del fenómeno de la competencia<sup>28</sup>. Pues por más que este régimen productivo conceda a algunos sujetos mayores márgenes de maniobra que al resto y su posición en él los divida entre los beneficiados por sus reglas de funcionamiento y quienes se ven condenados a la explotación, sus estructuras coercitivas recaerán invariablemente sobre todos y cada uno de ellos, privándoles *de facto* de la libertad que creen poseer.

Aceptar esta interpretación de raigambre marxiana sobre los motivos que explicarían la actual preponderancia del modelo de gobernabilidad neoliberal no significa negar la posibilidad de alguna forma de acción política tendente a erosionarla y que contribuyera a la abertura de un cierto horizonte de liberación de los seres humanos tanto de este dominio impersonal y no subjetivable que impone el capitalismo como del estado de injusticia, desigualdad y sufrimiento mayoritario que involucra. No obstante, la conciencia sobre las enormes dificultades que se contienen en el planteamiento de esta cuestión obliga a ceñir este trabajo a otro interrogante significativamente más modesto, aunque en absoluto superfluo en vistas al eventual abordaje de aqué-

---

*Werke*, hrsg. vom Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, Band 23, Dietz, Berlín, 1972, p. 169.

28. Cf. Marx, K., *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie (Rohentwurf) 1857-1858*, op. cit., p. 542 y ss.

lla: hasta qué punto la teoría de la razón populista formulada por Laclau representaría una opción válida para socavar la primacía del modo de gobierno neoliberal y propiciar una nueva hegemonía política que lograra desplazarla.

### 3. Del capitalismo globalizado a la razón populista

Como ya se apuntara al inicio de este trabajo, ha sido el propio Ernesto Laclau quien ha destacado la pertinencia de hacer valer la operatividad de la razón populista en la época del capitalismo globalizado. La justificación que aduce se cifra en que éste suscita «una miríada de puntos de ruptura y antagonismos –crisis ecológicas, desequilibrios entre diferentes sectores de la economía, desempleo masivo, etcétera–, y es sólo una sobreterminación de esa pluralidad antagónica la que puede crear sujetos anticapitalistas globales, capaces de llevar adelante una lucha digna de tal nombre»<sup>29</sup>. El sentido de esta afirmación descansa sobre algunos de los momentos esenciales que vertebran la noción de razón populista en conexión con el diagnóstico que Laclau arroja sobre las configuraciones sociales contemporáneas. A su juicio, el capitalismo globalizado da lugar a sociedades en las que, antes que la homogeneidad, prima un elemento de heterogeneidad no subsumible bajo la premisa marxista de la existencia de clases sociales ya previamente definidas por algún rasgo identitario y unificador<sup>30</sup>, pero a la vez inclinado a engendrar antagonismos y conflictos en-

tre los diferentes grupos sociales que las componen. Por más que Laclau no abunde en *La razón populista* sobre la naturaleza de tales antagonismos y los ejemplos mencionados en el fragmento que se acaba de citar –crisis ecológicas, desigualdad económica, desempleo– se refieran a lo que cabría considerar repercusiones materiales del capitalismo globalizado, otros de sus textos indican que esa conflictividad intrínseca a la heterogeneidad de las sociedades contemporáneas provendría igualmente de factores de índole cultural asociados a reivindicaciones particulares como el feminismo, la lucha contra la discriminación racial o la igualdad de derechos en materia sexual o religiosa<sup>31</sup>. En atención a la complejidad híbrida de las sociedades forjadas por el capitalismo avanzado, cuya carencia de elementos de articulación de antemano presentes precisa de acciones políticas orientadas al reagrupamiento social, Laclau concibe la razón populista como la lógica de la construcción de un pueblo, entendiendo por tal la categoría política que designaría el acto de institución de un nuevo sujeto o actor político no preexistente como grupo o clase social antes de ese mismo acto<sup>32</sup>.

En consonancia con esta imagen de las sociedades contemporáneas, Laclau localiza la posible irrupción de ese nuevo sujeto político en una situación de crisis del orden social que se caracterizaría por la multiplicación de demandas heterogéneas que no alcanzan a ser satisfechas por el sistema institucional vigente a causa de su incapacidad para absorberlas en

---

Zizek, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad*, FCE, Argentina, 2004, p. 204 y s.

29. Laclau, E., *La razón populista*, op. cit., p. 189.

30. Cf. ibid., p. 285-86, así como “Estructura, historia y lo político”, en Butler, J.-Laclau, E.-

31. Cf. Laclau, E.-Mouffe, C., *Hegemonía y estrategia socialista*, FCE, México, 2004, p. 25 y ss.

32. Cf. Laclau, E., *La razón populista*, op. cit., p. 278.

sus respectivas diferencias. Dada la índole plural y divergente de tales demandas, la constitución del pueblo exige un ejercicio de homogeneización dirigido a unificarlas que, paradójicamente, habrá de llevarse a cabo por medio de la introducción de nuevas heterogeneidades. De entrada, el proceso de formación de la unidad popular pasa por la construcción discursiva de una frontera política o división social que se asienta sobre la creación de un “otro” radicalmente heterogéneo con respecto a quienes legítimamente pertenecen al pueblo. La instauración de este nuevo y más amplio antagonismo, que pretende cohesionar los que proliferarían en las sociedades del capitalismo globalizado, provoca una dicotomización del espacio social que vincula la unidad del grupo popular a la exclusión de una parte de la sociedad, señalada a partir de ese momento como el “enemigo” o “adversario” del pueblo en cuanto responsable de la insatisfacción de sus demandas. La relevancia de este componente antagónico procede del papel insustituible que juega en el eventual surgimiento de la identidad popular. Según Laclau, la formación de tal identidad obedece estrictamente a la articulación de las demandas insatisfechas en una cadena que consiga aglutinarlas y diluir su original disparidad produciendo entre ellas relaciones de equivalencia. Sin esa cadena equivalencial, no cabe unificación de las demandas ni, por tanto, institución de la unidad del pueblo. Pero en la medida en que las demandas heterogéneas de la sociedad no comparten elemento positivo alguno salvo su carácter insatisfecho, sólo el común rechazo de los integrantes del pueblo al sector excluido podrá actuar como instancia de articulación que fragüe su unidad simbólica. Es cierto que, frente a la negatividad del rechazo al enemigo o adversario del pueblo,

la consolidación del proceso de cristalización de las diferentes demandas en torno a un denominador común debe adquirir asimismo una expresión positiva a través de su encarnación en la individualidad de la figura del líder. Sin embargo, este proceso no tendría ocasión de producirse sin la previa creación de la frontera que divide a la sociedad en dos campos antagónicos y en la que el lugar en principio vacío del enemigo del pueblo habrá de ser ocupado por un poder insensible a las demandas sociales, un entramado institucional que se demuestra impotente para resolverlas o, también, por un determinado sector de la población cuya demonización proporcionará al grupo la imagen simbólica de su cohesión interna como reverso de su propia identidad<sup>33</sup>. Sobre esta fracturación del campo social se funda, por tanto, la posibilidad del nacimiento de lo que Laclau denomina una formación hegemónica, esto es, una formación integrada por una parte de la sociedad que, erigiéndose en representación del todo social, aparece como una nueva fuerza política. En ella se da a ver otro momento de heterogeneidad, consistente en que su definición acontece como tal a través de la ruptura radical con la lógica y el orden social imperantes. A un tiempo, Laclau destaca cómo el germen de esa nueva fuerza política anidaría en alguna lucha o reivindicación sectorial cuyas demandas particulares habrían experimentado un proceso de “sobredeterminación”: por medio de la lógica equivalencial, las demandas de este sector cobran un significado de mayor trascendencia que supera su especificidad y terminan por transformarse en la demanda global de la lucha unitaria del pueblo frente al enemigo o adversario político. De ahí que, según se

33. Cf. *ibid.*, p. 94 y ss.

dice en el fragmento citado al comienzo de este apartado, Laclau piense que los antagonismos particulares distintivos de las sociedades del capitalismo globalizado brindarían oportunidades de sobreterminación susceptibles de alumbrar, a través de la operación populista, “sujetos anticapitalistas globales” constituidos en pueblo en lucha frente a aquél.

Puestos a valorar la naturaleza de esa potencial lucha anticapitalista, la mayor dificultad que se aprecia en la teoría de Laclau arraiga en el concepto de lo político que propone a partir de las dimensiones estructurales de actuación de la razón populista hasta aquí expuestas. A pesar de que Laclau parte de la tesis preliminar según la cual el populismo no sería sino un “modo de construir lo político”<sup>34</sup>, su ulterior asimilación del mismo a una lógica o dimensión política siempre presente en mayor o menor grado en todo movimiento político acabará por conducirlo no sólo a emplazar el acto político por excelencia en la fundación del pueblo, sino también a convertir lo político en cuanto tal en sinónimo de populismo y de la instauración de fronteras políticas que éste reclama<sup>35</sup>. Con ello apuesta por una noción de lo político que, a nuestro entender, tendría por resultado la imposibilidad de la consecución del objetivo que subyace al nacimiento de la unidad popular y que dota de sentido a la acción política.

El motivo de tal imposibilidad estriba en que, según Laclau, la creación de una frontera antagónica entre el “nosotros” del pueblo y el “ellos” del enemigo deviene un requisito tan imprescindible para el populismo que su destino «está estrictamente ligado al destino de la

frontera política: si ésta última desaparece, el “pueblo” como actor histórico se desintegra»<sup>36</sup>. Esta idea le lleva a subrayar que el triunfo político de una nueva formación hegemónica frente al *status quo* existente, lejos de implicar la desaparición de toda frontera política, habría de conllevar el trazado de nuevas fronteras y adversarios, ineludibles para el mantenimiento de la unidad popular<sup>37</sup>. Ahora bien, según se ha mostrado, la eventual generación de un adversario que fracture la sociedad en dos campos antagónicos es deudora de una acumulación de demandas sociales heterogéneas que, sin compartir nada más que su falta de satisfacción, precisan de esa figura de exclusión como desencadenante de la aparición de lazos de equivalencia entre ellas. De ello se deduce que la instauración de un sistema institucional que lograra cubrir tales demandas desembocaría indefectiblemente en la disolución de la frontera antagónica que cimenta la identidad del pueblo y, por ende, en la desaparición tanto de la unidad popular como del momento de lo político que determina su constitución<sup>38</sup>. En este sentido, la relación de dependencia establecida en *La razón populista* entre la construcción de fronteras políticas para el surgimiento del pueblo, por un lado, y la presencia de demandas sociales insatisfechas, por otro, obliga a concluir que el cumplimiento de esa noción de lo político anclada en el antagonismo que Laclau estima idéntica al populismo exige, como condición *sine qua non*, la pervivencia de la insatisfacción de las demandas que sustentan la aparición del pueblo y man-

34. Cf. *ibid.*, p. 11.

35. Cf., *ibid.*, p. 195.

36. *Ibid.*, p. 117.

37. Cf. Laclau, E.-Mouffe, C., *Hegemonía y estrategia socialista*, *op. cit.*, p. 16.

38. Cf. Laclau, E., *La razón populista*, *op. cit.*, p. 149.



tienen su entidad. Así, aquello mismo que explica la emergencia de una formación popular –la multiplicación de demandas insatisfechas– proscribire, según la teorización del populismo, alcanzar el fin –su satisfacción– que vendría a justificar su irrupción. De todo lo cual se desprende igualmente que la lucha del “sujeto anticapitalista global” que, según Laclau, podrían engendrar las sociedades del capitalismo globalizado, habría de renunciar de antemano al objetivo de satisfacer las demandas que dan expresión a sus múltiples antagonismos y puntos de ruptura.

Ante esta conclusión conviene preguntarse si la defensa del populismo de Laclau no arranca tal vez de un tácito reconocimiento del estado de perenne insatisfacción en sectores cada vez más amplios de la sociedad que suscita el capitalismo globalizado. Por más que Laclau se niegue a privilegiar los antagonismos de índole económica frente a otras confrontaciones propias de las sociedades contemporáneas, su caracterización de la crisis del orden social que sitúa a la base de la construcción del pueblo parece en principio más afín a los problemas ocasionados por la gestión neoliberal del capitalismo globalizado que a las luchas singulares de los movimientos sociales gestados en las últimas décadas. El análisis realizado sobre la convergencia entre el capitalismo actual y la forma de gobierno neoliberal incita a pensar que la acumulación de una multitud de demandas, no necesariamente homogéneas en su formulación ni percibidas de manera unitaria aunque coincidentes en el hecho de hallarse insatisfechas por no obtener solución a través de las instituciones políticas, provendría, principalmente, de las desigualdades económicas que se siguen de la puesta en obra del ideario neoliberal y de las prácti-

cas privatizadoras y de reducción del gasto público que éste impone: semejantes prácticas tienden a un debilitamiento del papel de las instituciones destinadas a la garantía de derechos sociales –sanidad, educación, pensiones...– del que resulta esperable, particularmente en momentos de crisis económica, un descontento generalizado en aquellos sectores más necesitados de ellas para su cobertura. La realidad social derivada de las estrategias aplicadas por la gubernamentalidad neoliberal para hacer factible a día de hoy la valorización del valor semeja por ello proclive a la victoria política de una nueva fuerza hegemónica popular que, por medio de una construcción discursiva radicalmente enfrentada a ese modelo de gobierno, consiguiera articular en una cadena equivalencial las demandas que éste no puede satisfacer.

Sin embargo, una vez instalada en el poder, hay que anticipar que nada libraría a esta formación representativa del pueblo soberano de haber de plegarse a los mecanismos de valorización que prescribe el funcionamiento del capitalismo y de adoptar entonces, con mayor o menor grado de disimulo y sensibilidad social, medidas políticas similares a las del régimen de gobierno neoliberal. Es evidente que ello le impediría la satisfacción de las demandas que la elevaron al poder, así como de las nuevas demandas originadas tras su conquista. Pero permitiría a un tiempo el trazado de una nueva frontera política, tan estable como difícilmente aniquilable, mediante la identificación de un adversario exterior –a saber, legislaciones internacionales no sometidas a su control, capital financiero, grandes corporaciones...– señalado como responsable último de la insatisfacción de las demandas populares. Por tanto, al propiciar no sólo

la emergencia de la formación populista, sino también el mantenimiento de los factores que ésta requiere para esquivar su disolución –demandas insatisfechas en conexión con la constitución de un enemigo–, el capitalismo globalizado aseguraría la continuidad del pueblo como sujeto político y la del momento que el populismo juzga estricta y exclusivamente político. Bajo esta óptica, el populismo se descubre como aquella comprensión de lo político que vuelve a abrir el campo de su operatividad en el tiempo en que los imperativos económicos decisivos de la pervivencia del capitalismo parecerían haber quebrado todos sus cauces de acción. Sólo que, también bajo esta misma óptica, queda gravemente en cuestión el para qué o finalidad última de esa acción política de antemano consciente de su impotencia para generar órganos institucionales capaces de satisfacer las demandas de la sociedad y, en consecuencia, vaciada de contenido en lo que respecta a los objetivos que no cabe dejar de presuponersele. A no ser que, con notable cinismo, ese para qué se ubique en la producción de una ficción de sentido a través de una movilización política a la que se oculta su propia inutilidad frente al capitalismo globalizado.

No obstante, no hay duda de que Laclau rechazaría una lectura de esta índole sobre las virtualidades del populismo en la época del capitalismo globalizado. Básicamente, porque su teoría resalta cómo el nacimiento de una formación hegemónica entraña tanto una ruptura con respecto al *statu quo* que la precede como la creación de un nuevo orden<sup>39</sup>, tesis que le lleva a inscribir la actuación de la razón populista en el horizonte de una lucha emancipatoria frente a la hegemonía

contemporánea del orden neoliberal<sup>40</sup>. En clara confrontación con interpretaciones de fundamento marxiano como la aquí ofrecida, Laclau alega que la primacía de la ortodoxia neoliberal en el contexto del capitalismo globalizado no sería sino una situación coyuntural, fruto de relaciones de poder y «jugadas hegemónicas por parte de fuerzas sociales específicas» que habrían llevado a término «una transformación profunda en las relaciones entre las corporaciones capitalistas y los Estados nacionales»<sup>41</sup>. En coherencia con ello, tachará de falaz la idea de una vinculación interna entre el capitalismo globalizado y la implementación de la agenda neoliberal, para afirmar que tal visión procedería de un examen de las fuerzas de la globalización desgajado de sus dimensiones políticas y, por este motivo, ineficaz para detectar, en el actual dominio de la gubernamentalidad neoliberal, la expresión de un conjunto de decisiones carentes de necesidad estructural cuya prevalencia cabría desafiar. A tenor de este enfoque, Laclau observa que la tarea de la izquierda política se encontraría en la elaboración de una “alternativa creíble” frente al régimen neoliberal. Una alternativa que, incorporando los principios de la razón populista, sirviera de punto de partida para iniciar un proceso de construcción del pueblo mediante el trazado de nuevas fronteras políticas y la identificación de un adversario como imagen refleja de su unidad<sup>42</sup>.

40. Cf. Laclau, E., “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de las lógicas políticas”, en Butler, J.-Laclau, E.-Žižek, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad*, op. cit., p. 49 y ss.

41. Laclau, E.-Mouffe, C., *Hegemonía y estrategia socialista*, op. cit., p. 17

42. Cf. ibid.

39. Cf. ibid., pp. 155, 221 y 283-84.

La debilidad más notoria de esta tesis reside en que Laclau apenas se detiene a especificar en qué consistiría ese nuevo orden en ruptura con la forma de gobierno imperante en el capitalismo globalizado. Sobre él tan sólo apunta que trataría de superar el modelo económico neoliberal por medio de la regulación estatal y el control democrático de la economía<sup>43</sup>, sin que en ningún momento se cuestione la viabilidad de estas medidas de cariz neokeynesiano en el marco de un capitalismo que, hoy más que nunca a causa de la financiarización de la economía, funciona fuera del control de los Estados nacionales y, por tanto, más allá del alcance de estructuras democráticas hasta la fecha siempre ancladas en ellos. Por otra parte, tampoco se pregunta hasta qué punto tales transformaciones llegarían a configurar un nuevo orden frente al ya existente o de qué manera comportarían alguna forma de liberación de la hegemonía neoliberal. Al margen de que, sin el abordaje de estas cuestiones, toda apelación a la institución de un nuevo orden deviene una pura abstracción carente de valor teórico, cabría asimismo objetar a Laclau que su reproche a quienes constatan en tal hegemonía un fenómeno que excede las decisiones de fuerzas sociales exclusivamente movidas por sus propios intereses incurre en el mismo error que denuncia, pero en sentido opuesto, a saber: el error de desligar las dimensiones políticas del capitalismo de su dimensión económica, valorándolas como dos realidades diferentes y desconectadas. Por lo demás, no puede obviarse que la voluntad emancipatoria asociada al populismo,

palpable tanto en el postulado del nuevo orden social que implicaría la victoria política de una formación populista hostil al régimen neoliberal como en su exhortación a la articulación de un populismo de izquierdas para transformar el actual estado de cosas, choca frontalmente con las premisas teóricas que la soportan. Pues en función de ellas resulta en extremo difícil discernir sobre qué bases descansarían la validez de ese nuevo orden o en qué consistiría esa “alternativa creíble” de un populismo de izquierdas desde el momento en que el propósito de impedir la disgregación del pueblo como sujeto político prohíbe que tal orden o tal alternativa se traduzcan en la instauración de una red institucional consagrada a satisfacer sus demandas. Dicho en otros términos: no se entiende qué forma de racionalidad asiste a un proyecto político que, presentándose como opción de reemplazo a la hegemonía neoliberal, al mismo tiempo se deniega, en aras de una continuidad siempre tributaria de la continuidad del pueblo, la superación del malestar y el sufrimiento que dan lugar a su irrupción y legitiman su propia propuesta teórica.

Si se admite la interpretación expuesta sobre los motivos de naturaleza estructural que avalarían la actual preponderancia del modelo de gobernabilidad neoliberal, a esta contradicción que habita en el seno de la razón populista se ha de sumar la impertinencia que se contiene en todo intento de desafiarla mediante la identificación de un adversario. Según esta interpretación, no hay en última instancia tal adversario político o económico al que responsabilizar de las repercusiones devastadoras del régimen de producción capitalista, por lo que apostar por su construcción discursiva para combatir la prevalencia de la forma de gobierno neo-

---

43. Cf. Laclau, E., “Estructura, historia y lo político”, en Butler, J.-Laclau, E.-Zizek, S., *Contingencia, hegemonía y universalidad*, op. cit., p. 208.

liberal constituiría una estrategia a todas luces enmascaradora de los mecanismos de dominación abstracta que genera el capitalismo y que –recordemos– recaen por igual tanto sobre quienes sufren la explotación de su fuerza de trabajo como sobre sus explotadores. Esta consideración invita, de nuevo, a ligar el populismo al terreno de la ficción de sentido y de la ilusión que la acompaña: la exigencia de crear un enemigo como pieza esencial a la razón populista únicamente contribuiría a reforzar la representación ilusoria de la posibilidad de anular o paliar el daño social provocado por el capitalismo mediante el desplazamiento o control político de ese presunto adversario por parte de la formación hegemónica popular. En este sentido, la asunción de los parámetros hermenéuticos de la crítica del valor, unida al carácter inerradicable que Laclau atribuye al trazado político de relaciones antagónicas<sup>44</sup>, revelarían en el populismo una concepción de lo político no sólo impotente frente a los crecientes problemas de desigualdad y empobrecimiento de amplias mayorías en las sociedades contemporáneas, sino también encubridora de las dinámicas y contradicciones inherentes al principio de valorización del valor que se albergan en su raíz. Y, con ello, idénticamente encubridora de la ineficiencia de todo sistema institucional erigido sobre la ceguera o insuficiente discernimiento de las formas actuales de acumulación de capital para resolver los conflictos sociales ocasionados por este modo de producción.

Es urgente reconocer que a día de hoy estamos lejos de disponer de una teoría política capaz de disputar la hegemonía a la gubernamentalidad neoliberal en

su íntima ligazón con los imponderables que plantea el funcionamiento del capitalismo. Entre otras razones, porque la ausencia de un cuestionamiento penetrante y riguroso de los pilares que sostienen este régimen productivo –y aquí habría que apelar ante todo a la percepción del trabajo como cauce exclusivo de obtención de recursos vitales mientras el exponencial desarrollo tecnológico lo torna cada vez más superfluo– supone un serio obstáculo a la hora de imaginar modos de producción y reproducción de las condiciones materiales de vida ajenos a la lógica del valor y la mercancía. Sin embargo, también es preciso reconocer que el populismo no se deja contemplar como una opción válida para cubrir ese desasosegante vacío. Por una parte, su incoherencia interna abre un abismo entre las heridas sociales que inflige el capitalismo y las soluciones aportadas desde la razón populista para restañarlas. Por otra, la mirada encubridora que proyecta encierra el peligro de que, al distanciarnos de la reflexión sobre las estructuras de dominación abstracta intrínsecas a este régimen productivo, nos prive asimismo de la posibilidad de hallar alguna vía de emancipación de sus siempre disimuladas e inconscientemente aceptadas formas de opresión. Pero aún se advierte otro peligro, particularmente palpable en los más recientes movimientos políticos surgidos en el mundo occidental, que acecha en la elección de la racionalidad populista como noción de lo político.

El propio Laclau ha señalado que la construcción discursiva de una división antagónica del campo social para el ejercicio de lo político carece de contenidos preestablecidos, de manera que tal división puede llegar a concretarse en significantes de signos políticos manifiesta-

44. Cf. Laclau, E.-Mouffe, C., *Hegemonía y estrategia socialista*, op. cit., p. 17.

mente opuestos. Como dimensión que siempre rige en mayor o menor medida en toda formación política, el populismo no se compromete con ninguna orientación ideológica y de ahí su virtualidad para actuar a través de idearios o sistemas de valores por completo dispares. Esto lleva a Laclau a alertar de que «entre el populismo de izquierda y de derecha hay una tierra de nadie que puede ser cruzada –y ha sido cruzada en muchas direcciones»<sup>45</sup>. También a declarar que, pese a la indisociable conexión existente entre democracia y populismo, nada excluye que las demandas populares que lo originan terminen por cristalizar en una cadena equivalencial conducente a configuraciones totalitarias<sup>46</sup>. Sin embargo, al destacar la operatividad del populismo en la época del capitalismo globalizado, Laclau no se formula la pregunta acerca de qué clase de movimientos populistas, en lo que respecta a sus contenidos ideológicos, serían más proclives al triunfo político en las circunstancias sociales que aquel suscita. En relación con este interrogante, parece necesario atender al indiscutible poder conformador que tanto el capitalismo en cuanto tal como su actual versión, mediada por el modo de gobierno neoliberal, despliegan sobre las subjetividades de las sociedades de hoy. Analizar qué dirección ha cobrado este poder y qué tipo de sujetos moldea sería quizás un primer paso para forjarse una imagen de la realidad social diseñada por la agenda neoliberal y anticipar en función de ella los contenidos ideológicos más tendentes a articularse en una formación populista. Pues todo indica que las demandas insatisfechas en las que anida la oportunidad

de irrupción de movimientos populistas habrán de traslucir los contornos del moldeado neoliberal y que, de acuerdo con éste, determinadas orientaciones ideológicas o normativas propenderían en mayor grado que otras a concretar la indefinición que de antemano caracteriza a tales movimientos. Al abordaje de esta cuestión se dedicará el último apartado de este trabajo.

#### 4. Sujeto neoliberal y razón populista

Los estudios más recientes sobre esta última etapa del capitalismo han incidido en las transformaciones que en ella se estarían imponiendo sobre las subjetividades contemporáneas a fin de forzar su adaptación a las condiciones actuales de valoración del capital. Transformaciones que, frente a fases anteriores del capitalismo, ya no se producen tanto por medio de dispositivos disciplinarios de coerción externa cuanto a través de la introducción de mecanismos que, de manera encubierta, inducen conductas de autoexplotación consentida con las que se intenta vencer toda posible resistencia y sentimiento de alienación<sup>47</sup>. Dos ideas aportadas por los primeros teóricos del neoliberalismo, ya recogidas por Michel Foucault a finales de los años setenta en *Nacimiento de la biopolítica* y promovidas desde el modo de gobierno neoliberal en alianza con la lógica empresarial, habrían servido de instrumento para fomentar la interiorización de las exigencias económicas y financieras de este régimen productivo: la noción del

45. Laclau, E., *La razón populista*, op. cit., p. 115.

46. Cf. ibid., p. 216.

47. Cf. Laval, C.-Dardot, P., *La nueva razón del mundo*, op. cit., p. 331 y ss; asimismo, cf. Han, B.-C., *Psicopolítica*, Herder, Barcelona, 2014, p. 27 y ss.

individuo como “empresario de sí mismo” y la teoría del “capital humano”<sup>48</sup>.

Gestada en el seno de la Escuela de Friburgo, la figura del hombre-empresa emerge en el contexto de la defensa neoliberal de la necesidad de una activa intervención del Estado en la economía que, entre otros aspectos, habría de cifrarse en la producción artificial de aquellos factores que impulsan el fenómeno de la competencia, dada su ausencia natural o espontánea del ámbito del mercado. En busca de la ampliación de las relaciones competitivas, esta idea se extiende al terreno de la subjetividad con el objetivo de convertir la sociedad en un conglomerado de unidades-empresa en el que cada individuo, poco importa si se trata de un emprendedor o un asalariado, se piense y comporte como una empresa que vende sus servicios en el mercado. Los criterios de competitividad que establece esta premisa obligan al individuo a plegarse al grado creciente de flexibilidad que demandan los cambios del mercado, así como a la continua mejora de sus destrezas profesionales y al incremento de su rendimiento. Estrechamente vinculada a esta visión del sujeto como “empresario de sí mismo”, el neoliberalismo norteamericano propone el concepto del “capital humano” para afirmar que los recursos físicos y psicológicos de los que dispone cada individuo compondrían una suerte de capital personal susceptible de desarrollo y revalorización mediante todo un conjunto de decisiones de inversión que abarcarían la globalidad de facetas de su vida. Así, la valorización de tal capital humano no sólo pasaría por la formación y el aprendizaje permanentes, sino también por la elección de los amigos, la pareja o el

lugar de residencia. Ambas ideas pretenden que el individuo se comprenda como una instancia de producción, inversión y cálculo de costes y beneficios que puede actuar sobre su subjetividad para elevar su valor mercantil, haciendo de toda actividad una herramienta de rentabilización económica de su persona.

A esta figura del hombre-empresa subyace una concepción del sujeto como proyecto de autorrealización a la que se agrega, por un lado, la convicción de que ésta tendría lugar a través del trabajo y, por otro, la imagen de su potencial optimización y reinversión indefinidas a través de un gobierno de sí guiado por valores como la iniciativa y el emprendimiento. Desde esta perspectiva, la trayectoria profesional y vital del sujeto-empresa se interpreta como el producto de una libre elección de opciones de gestión y valorización de su capital humano que lo tornan enteramente responsable de sus éxitos o fracasos. Sin embargo, tras esta enfatización de la dimensión de libertad de cada individuo para fraguar su propio destino no se oculta más que su apariencia: con ella se aspira a encubrir las múltiples coacciones a las que se ve sometido para elevar su productividad y que lo incitan a adoptar prácticas de autoexplotación que le permitan adecuarse a los requerimientos actuales del mercado de trabajo, así como contribuir con su actividad a su endurecimiento. Pues ahora el trabajo se perfila como un terreno de cruda competición en el que el afán de supervivencia de cada trabajador frente a sus rivales redundará tanto en la reproducción del entramado de dominación que se le dibuja como una esfera de libertad, como en la intensificación del principio de rendimiento, eficacia y constante revalorización de sus competencias que lo vertebra. Del trabajador asalariado se espera una adhesión abso-

48. Cf. Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica*, op. cit., p. 220 y ss.



luta a la empresa sujeta a control objetivo mediante procedimientos de evaluación y medición de resultados, pero igualmente estimulada e incentivada a través de sofisticadas técnicas de *neomanagement*. Su finalidad radica en que este moldeado del individuo conforme a los dictados de la economía produzca un íntimo entrelazamiento entre el rendimiento y el goce dirigido a eliminar toda actitud de rebeldía: en consonancia con la subjetividad deseante y consumista que demanda la sociedad de mercado, estas técnicas de motivación quieren inculcarle la creencia de que el goce no es asunto exclusivo del consumo de ocio y tiempo libre; antes bien, su mayor expresión residiría en la autorrealización por medio del trabajo y en el perfeccionamiento y dominio de sí que ésta precisa. Al compromiso de rendir y producir se suma, por tanto, el imperativo de gozar en el esfuerzo y la competición como factor que inste al hombre-empresa a su infinita auto-superación. Nada en este proceso podrá ser entonces legítimamente juzgado de sacrificio, penalidad o pérdida, ya que el individuo trabaja en todo caso para sí mismo, es decir, para el crecimiento de su capital humano y de las satisfacciones psíquicas y materiales que éste le procure. Presentada como un ámbito de posibilidades ilimitadas que ofrece interminables caminos de gozosa autoproducción, esta idea de libertad implica a su vez una naturalización de los riesgos que entraña con la que se individualiza y personaliza todo problema o crisis social: de la responsabilidad plena del sujeto-empresa sobre sus decisiones se desprende su obligación de administrar de manera privada la cobertura de las contingencias vitales y laborales a las que se expone. Confiar en ayudas externas o colectivas a través del Estado equivaldría, por lo demás, a renunciar al precioso mar-

gen de elección que todo sujeto educado en la sociedad de consumo valora como parte del brillo que confiere su poder de atracción a las mercancías<sup>49</sup>.

Pero en esta coerción para la transformación del individuo en sujeto de rendimiento y goce no han dejado de apreciarse ciertos efectos patológicos que evidenciarían el lado más sombrío de este ideal y de la colonización de la esfera de la subjetividad que supone por parte de la lógica de la competencia empresarial. El estrés, el acoso o el suicidio en el trabajo serían síntomas de la incesante exhortación a la productividad, pero también del aislamiento que padece el individuo en tanto único responsable del logro de los objetivos que le son marcados. En esta misma línea, se ha observado que el estímulo desmedido de la competitividad conlleva un deterioro de los vínculos sociales que anula el sentido de conceptos tales como el de lealtad o solidaridad en el terreno profesional. Impelido a hacerse a sí mismo y a labrarse una trayectoria de éxitos profesionales sin deberle nada a nadie, la depresión amenaza al sujeto empresarial ante el descubrimiento de su insuficiencia para la permanente optimización de su rendimiento o la siempre probable eventualidad del fracaso. Un fracaso cuyas causas quedarán en exclusiva emplazadas en el propio individuo y en su deficiente capacidad de adaptación al mercado laboral, y que será por ello fuente de sentimientos de vergüenza y mecanismos de auto-culpabilización que obstaculizarán toda protesta al impedir la percepción y comprensión de las dinámicas coactivas que abocan a él. A fin de cuentas, el fracaso se le da a ver como el precio de una libertad de la que nadie

49. Cf. Bauman, Z., *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona, 2000, p. 92

querría o debería querer privarse ante las oportunidades infinitas de consumo, goce y autorrealización que, aparentemente, brinda la sociedad de mercado.

Si de nuevo se alude aquí a la apariencia es porque a este lado sombrío debe añadirse el que representa el colectivo compuesto por aquellos individuos que se han vuelto superfluos, sobrantes para el mercado económico y que se ven condenados bien a la extrema precarización, bien directamente a la exclusión social<sup>50</sup>. Se trata de los sujetos que, por circunstancias diversas –entre ellos se contarían los inmigrantes, jóvenes con baja cualificación, desempleados de larga duración o despedidos al superar los cincuenta años–, no cumplen con los criterios de “empleabilidad” –término que a todas luces descarga sobre el individuo la responsabilidad sobre su potencial para ser contratado– que a día de hoy reclama el mercado laboral y devienen por ello simples residuos o productos de desecho del sistema económico, inservibles tanto desde el punto de vista del trabajo como del consumo. De ahí que, desde esta última perspectiva, sean categorizados como “basura” por las empresas de datos que analizan los comportamientos de compra de los usuarios de internet y redes sociales para vender sus perfiles a las grandes corporaciones<sup>51</sup>. Además de que la mera existencia de este colectivo ha propiciado el aumento de los márgenes de explotación de los trabajadores, no cabe sorprenderse de los sentimientos de desconfianza o incluso de odio que despierta en los sujetos que más han interiorizado los principios ideológicos de esta última etapa del capitalismo: el ideario neoliberal divisa en

tales desechos sociales la prueba de un fracaso en el proyecto de valorización del capital humano individual que, achacado sin excepción a la dejadez, la desidia o la falta de compromiso, suscita la contemplación de este colectivo como una carga social injustificada. Pero tampoco es difícil intuir que tras estos sentimientos se oculta el más poderoso del miedo: miedo a acabar convertido en un miembro más de ese colectivo de desahuciados económicos si no se gana cada batalla de la guerra competitiva que a día de hoy significa contar con un puesto laboral<sup>52</sup>.

A la luz de lo expuesto sobre la subjetividad formada por el modelo de gubernamentalidad neoliberal, cabe afirmar que Laclau no erraría al apelar a las probabilidades de éxito de los movimientos populistas en la era del capitalismo globalizado, pese a que su acierto obedecería a razones distintas de las tematizadas en sus textos. Según se ha apuntado desde la teoría crítica del valor, del calado social de este nuevo tipo de sujeto cincelado sobre la exaltación de la libertad y responsabilidad individuales se deriva una tendencia a la subjetivización de las causas de los problemas sociales y económicos, consistente en señalar a determinados colectivos como culpables de su acaecimiento<sup>53</sup>. Esta tendencia se ajusta al requisito de dicotomización del campo social que Laclau estima indispensable

52. Cf. Laval, C.-Dardot, P., *La nueva razón del mundo*, op. cit., p. 371.

53. Cf. Kurz, R., “Populismo histórico” (<http://www.exit-online.org/link.php?tabelle=autoren&posnr=84>). Esta tendencia se ha podido constatar a raíz de la crisis económica iniciada en 2008, sobre la que abundan los análisis que han situado su origen en la afección patológica de unos cuantos especuladores, que habría conducido a la quiebra del sistema financiero que la desencadenó.

50. Cf. Zamora, J. A., *La crisis y sus víctimas*, Foro Ignacio Ellacuría, Murcia, 2014, p. 12

51. Cf. Han, B.-C., *Psicopolítica*, op. cit., p. 99.

para la emergencia de un movimiento populista, puesto que favorece la creación de un adversario o enemigo, de un “ellos” delimitable frente al “nosotros” del pueblo, sobre el que recaería la culpa de la insatisfacción de las demandas populares. Pero más allá del argumento aportado sobre la ocultación que el establecimiento de toda frontera política ejerce sobre las coerciones estructurales del régimen de producción capitalista, la pregunta por los contenidos que en mayor medida podrían dar concreción a dicha frontera, idéntica a la pregunta por el sector o sectores sociales más proclives a su asimilación al enemigo del pueblo, no parece en principio ofrecer una respuesta acorde con el propósito emancipatorio de la teoría de Laclau una vez se retoma desde la consideración de las características de las subjetividades forjadas por los gobiernos neoliberales.

Laclau ubica el objetivo de una nueva izquierda que incorporara las premisas del populismo en la construcción discursiva de una cadena equivalencial articulada sobre el equilibrio entre la demanda de igualdad y la demanda de libertad. Si por la primera entiende la demanda de una igualdad en derechos de todos los individuos que, haciéndose extensiva al terreno de la economía, debería incluir su derecho a la participación en los bienes materiales producidos por la sociedad, la demanda de libertad implica una reivindicación de la diferencia y la pluralidad social que asume la potestad de cada individuo para decidir libremente cómo realizar sus capacidades humanas<sup>54</sup>. Frente a este proyecto izquierdista en aras de una democracia que Laclau califica de “radicalizada y plural”, el populismo de

derechas se definiría por la instauración de una trama de equivalencias unificadas en torno a la defensa a ultranza de la libertad individual que, lejos de abrirse a la mediación con la demanda de igualdad, justificaría las desigualdades sociales y detectaría en toda intervención del Estado dirigida a paliarlas un menoscabo a la libertad soberana del individuo<sup>55</sup>. A partir de esta distinción se plantea la necesidad de reflexionar sobre el carácter de las demandas insatisfechas del tipo de sujeto que encarna el sujeto-empresa como sustrato para el surgimiento de una formación populista. Pues de este sujeto instigado a emprender en solitario un camino de construcción de sí basado en la competitividad, y convencido de que las circunstancias de cada individuo no son sino el fruto de libres decisiones basadas en el cálculo, la inversión y la voluntad de incrementar día a día su rendimiento laboral; de este sujeto, en definitiva, conformado para pensarse como un ser perfectamente libre y atribuir esa misma libertad de base a todo individuo en lo que respecta a la configuración de su propio destino, no semeja en principio esperable que sus demandas a una red institucional en crisis confluyeran con la demanda de igualdad –y todo lo que ésta comporta de reclamo en materia de justicia social y económica, redistribución de la riqueza o igualdad de oportunidades a través de un sistema público de servicios sociales– que Laclau vincula al populismo de izquierdas. Ante todo, porque esa demanda de igualdad dependería del reconocimiento de la falta de legitimidad de aquellas desigualdades que atentan contra el objetivo de garantizar a todo individuo unos ciertos mínimos vitales de dignidad y libertad. Reconocimiento que, sin embar-

54. Cf. Laclau, E.-Mouffe, C., *Hegemonía y estrategia socialista*, op. cit., p. 230.

55. Cf. *ibid.*, p. 221.

go, resulta difícilmente conciliable con la imagen de la realidad social fomentada en el sujeto-empresa: para éste, las desigualdades que en ella se manifiestan no sólo serían legítimas, dada su procedencia de la dirección autónomamente escogida por cada sujeto en el marco de su proyecto personal de autorrealización, sino también deseables en tanto justo reflejo del diferente grado de dedicación y esfuerzo que separa a quienes consiguen el éxito de quienes fracasan, al tiempo que condición de posibilidad del triunfo de unos individuos sobre otros en la carrera competitiva.

Por este motivo, puede aventurarse que la subjetividad inducida por el modo de gobierno neoliberal propendería a generar demandas afines al desmantelamiento del Estado del bienestar que éste propugna y orientadas a permitir su elección individual y privada de los servicios educativos, sanitarios o de pensiones antes gestionados por éste. De acuerdo con ello, su eventual constitución en la unidad popular de un “nosotros” se inclinaría por identificar al “ellos” o enemigo del pueblo tanto en la clase política de un Estado presuntamente paternalista y confiscatorio que interfiere en la libertad individual mediante medidas de reparto de la riqueza y otras vías de injerencia cuestionables, como en los sectores desfavorecidos que prioritariamente se benefician de éstas. Pero tampoco conviene confiar en que el creciente colectivo de excluidos, de individuos sobrantes y superfluos para el capitalismo financiarizado, mostrara una vocación más clara a consolidar un movimiento popular erigido sobre proclamas de izquierdas. De entrada, nada autoriza a pensar que estas víctimas del sistema económico, por su mera condición de víctimas, permanecerían al margen de la

penetración social de la lógica competitiva, individualista y tendente a la subjetivización o personalización de los factores que originan los problemas sociales que promueve la gubernamentalidad neoliberal. De ahí que, aun cuando tal vez sus demandas insatisfechas convergieran, en virtud de su situación de precariedad, con la reivindicación de instituciones públicas comprometidas con la garantía de los derechos sociales y el acceso a los bienes materiales de los que se ven despojados, no es improbable que tales demandas, animadas por una mezcla de sentimientos de impotencia, miedo e indignación, cristalizaran en posiciones xenófobas de rechazo al colectivo de inmigrantes: en escenarios de escasez de recursos públicos, éste se revela siempre susceptible de ser declarado culpable de la insatisfacción de las demandas sociales y, en este sentido, enemigo de un pueblo integrado por quienes se pretenden los lícitos merecedores de tales recursos. De ello se seguiría la creación de una frontera política de todo punto incompatible con la demanda izquierdista de igualdad, ya que su localización del adversario en el inmigrante restringiría todo principio igualitario a una parte de la sociedad.

Vistas así las cosas, no cabe descartar la hipótesis de que los modos de subjetivación producidos por las prácticas neoliberales de gobierno, tanto en el caso de los individuos adaptados al funcionamiento actual del modo de producción capitalista como en el de los expulsados del mismo, terminen por conducir al triunfo de formaciones populistas que Laclau considera de derechas frente a las que articularían el proyecto de una nueva izquierda que utilizara la razón populista como instrumento de lucha política. E incluso de imponerse en ciertos contextos movimientos

populistas que cumplieran con los criterios que asigna a la izquierda política, no debe obviarse el peligro –desatendido por Laclau salvo por su advertencia sobre la frágil línea fronteriza que separa a la derecha de la izquierda en su interpretación populista– de que, constatada en el medio plazo su incapacidad para dar un vuelco a las políticas neoliberales y restaurar el bienestar social, su ocupación del poder desencadenara la irrupción de partidos populistas de derechas, aceptados en su denuncia de tal incapacidad como alternativa de reemplazo.

Olvidar que la hegemonía del ideario neoliberal en las formas de gobierno también moldea la conciencia política de los individuos que viven bajo su influjo significa no comprender el alcance del poder del adversario que, desde hace ya décadas, parece haber dejado inerte a la izquierda política. Un adversario que, como se ha indicado, no admite la identificación con ciertos individuos o colectivos que se valdrían de su posición de privilegio económico para someter al resto, sino que

estaría dotado de una naturaleza cuya impersonalidad y abstracción redoblan su eficacia para dominar y administrar solapadamente la existencia de todos los sujetos de la sociedad moderna. Mientras la izquierda política no logre volver a mirar de frente el rostro de ese enemigo llamado capitalismo, la mayor parte de sus actuaciones se hallarán de antemano sentenciadas al fracaso de la inoperancia. Pero ningún fracaso sería más grave que el de una izquierda transformada involuntariamente en cómplice del neoliberalismo por contribuir con sus estrategias al fortalecimiento de aquellos elementos que, directa o indirectamente, sostienen este régimen productivo en la versión radicalizada del mismo que aquél representa. Si con el fin de recuperar su espacio en la esfera pública la izquierda política se decanta por la lógica populista y por la exigencia a ella inherente de situar al adversario en el lugar equivocado, quizá el riesgo de ese fracaso, con las consecuencias que encierre, quede más cerca que nunca de convertirse en una desalentadora realidad.